

Durante el
homenaje
de la ciudad

MIGUEL LABORDETA Y LA POESÍA EN ZARAGOZA



Por F. YNDURAIN

DAMASO Santos me ha comprometido, y se lo agradezco, a enviarme unas palabras en recuerdo de Miguel Labordeta, con ocasión de un homenaje que le están dedicando en su ciudad, Zaragoza, homenaje en el que por un malentendido no he podido estar con mi presencia. No acudo al subterfugio de excusarme con estas líneas, pues con Labordeta, digo con Miguel, porque hay un José Antonio que también requiere atención en el mundo de las letras y en el de la poesía cantada. El caso es que Miguel, alumno ocasional, en cuya prueba de licenciatura y premio extraordinario intervine como secretario del tribunal, me sorprendía poco después con un libro de versos, inédito, en espera de consejo para su publicación o no. Había perdido de vista al joven licenciado en la Facultad de Historia cesar-augustana, y nunca pude presumir que tuviera inclinaciones a la poesía y, vistos los poemas, se me acrecentó la sorpresa al encontrarme con una voz no ya distinta y diferente de las usuales, sino radicalmente nueva para su momento y ambiente. Estábamos en 1948, apenas salidos del neogarcilazismo y todavía inmersos en una lírica dioseadora y un sí es no es imperial. (Que Hijos de la ira, de Dámaso Alonso llevara ya unos años en circulación no había bastado para remover el mundillo empedregado de

aquellos días: ausencias, aislamiento, medidas coercitivas y miedo incluso, habían estrechado el ambiente literario.) El caso es que Labordeta publicó, a su costa, aquel primer libro, Sumido 25, en Zaragoza, con una portada de Angel Antonio Mingote, todavía no conocido apenas fuera de Zaragoza: la portada era una recreación, confesada, del cuadro de René Magrit, El modelo rojo (de 1887), dos pies humanos, seccionados, y tratados como dos botas con sus cordones, a punto para ser calzadas. Un suelo pedernoso, y un fondo de tabloños, como un cierre sin fisuras, podían valer por una cruel invitación a un viaje imposible. Y luego, abierto el libro, se encontraba uno con un exergo tomado de Juan Ramón Jiménez; pero, cuidado, del más exigente y buscador, por entonces: «No sé cómo decirlo / porque aún no está hecha / mi callada palabra».

CON estos prolegómenos, ya los poemas no nos iban a defraudar de la expectativa creada, como, en efecto, ocurrió. Y, todavía, qué asombro ante un lenguaje que parecía radicalmente original, de una valentía imaginera sin filiación de escuela próxima y con el temple del dolor de ser hombre en sus veinticinco años, sumidos, hundidos en la gran tragedia del vivir. Porque ese era su mensaje personal, tan nuevo y tan viejo como el hombre, pero con una voz personalísima. Su verso había nacido de una necesidad íntima, libre, libérrimo, sin ataduras de metro, rima o ritmos pre-cantados, y fluía al dictado de su fluir interior. El libro fue, en algún modo, motivo de escándalo —escándalo literario— o de ignorancia por los más. Labordeta hablaba de sí mismo y buscaba ecos en todos, pero lo singular de su acento le privaba de audiencia amplia. Sin embargo, los jóvenes, sobre todo los jóvenes, sintieron de inmediato como una sacudida, una revelación, y

recuerdo cómo una alumna, entre otros, Carmen Sender, la hermana del novelista aragonés, excelente poetisa ya, me decía muy convencida que no veía otro modo de hacer poesía que el de Miguel.

ESTA por hacer, y ya es tiempo, la historia de la poesía en Zaragoza, en los años de posguerra, y valdría la pena que alguien llevara al término ese estudio, hace años iniciado en mi Facultad y por uno de los poetas que sur-

1951 (Epesa, Madrid); Ildelfonso Manuel Gil, Gil Comín Gargallo, Manuel Pinillos, por no citar sino los mayores. Lo cierto fue que si se sigue la vida literaria zaragozana y aun de la región en los años siguientes, Miguel Labordeta fue centro de atracción y propulsor de publicaciones, polarizando en torno a sí, y por muchos años, la atención de las nuevas promociones. Bastaría con seguir en las revistas más o menos efímeras de poesía

Baylin Solanas; un finísimo poeta, E. Lalinde, también muerto en plena juventud; un narrador excepcional, Derqui, que no llegó a ver publicados sino algunos, muy pocos, cuentos, y cuya única novela aparecida lo fue unos días después de su muerte. Pero no creo que este repaso necrológico me haya llevado, a la hora de las alabanzas, ni a rememoraciones sentimentales. Lo que sí veo claro es que en las tres sucesivas décadas, la vida literaria de Zaragoza, la poética en particular, cobró muy lucido brillo y una reciente colección de poesía como la de Fuendetodos, puede ponerse como culminación de algo que empezó con Labordeta. De él es la introducción que presentaba la antología de «Generación del 65» (1967), con poemas de poetas de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza. (Supongo que el libro, prohibido en su día, estará ya en la calle): «Me miro en vuestros versos y una vieja evocación se cinea a mis latidos» y proclama su esperanza «en las suelas rotas de los vagabundos soñadores».

COINCIDENTE en el tiempo y en la voluntad y fantasía renovadora de Miguel Labordeta, el grupo de pintores no figurativos, Lagunas, Aguayo, entre otros, imprimieron a líneas y colores un giro de ciento ochenta grados. Se entiende muy bien que el arquitecto y pintor Santiago Lagunas haya sido uno de los promotores de la evocación y homenaje a Miguel, en testimonio de afinidades si no electivas, creadoras.

HE aquí unos deshilvanados recuerdos de aquellos años zaragozanos, amigo Dámaso Santos, en los que tuviste arte y parte.

Y gracias por la hospitalidad.



gieron allí, en parte discípulos de Labordeta. Porque Miguel actuó de catalizador, reencauzando a no pocos sus facultades poéticas latentes, reencauzando las de otros, y promoviendo una secuela no diré de imitadores, pero sí de seguidores, incluso más allá del ámbito urbano y aun fuera de España, en algún caso. Sí, claro, había poetas en Zaragoza, y algunos ya con obra de mucha cuenta, José Camón («El hombre en la tierra», de 1940, sólo apareció en

o en las colecciones editadas en Zaragoza o fuera de allí, pero por personas relacionadas con la ciudad, para corroborar mi aserto.

EL caso Labordeta, con su aparición explosiva, no me parece ajeno al modo aragonés más genial y a su irrupción, sin antecedentes, en la arena pública. En esos años y en Zaragoza hubo otros escritores, prácticamente desconocidos fuera de un círculo muy reducido; años antes, el malogrado poeta Carlos